

13º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 10,37-42.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca a uno de estos pobrecillos, sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro.

PERDER PARA GANAR

No son pocas las veces en las que las palabras de Jesús se nos presentan como de una exigencia extrema, una exigencia que nos pide **«la renuncia y el desprendimiento»** de todo aquello que pueda convertirse en nuestras vidas como algo absoluto, en alguno de esos **«ídolos»** que nos alejan de la verdadera Vida.

Hoy la exigencia de seguirle la compara con **«la familia»**, toda una institución, por otra parte, sagrada para Él. Lo que trata es de resaltar es **«la libertad para seguirle de verdad»**, para ser dignos discípulos suyos. Y como los lazos familiares suelen ser de los más fuertes, pueden ser también que sean **«los que más nos dificulten»** la posibilidad de llevar a la vida el poder seguirle.

Esto no significa que debemos eliminar los afectos familiares, lo que nos está pidiendo Jesús es **«madurarlos»** para que en ningún momento nos puedan impedir **«vivir en verdad y hacer nuestras propias opciones»**. Por ello la exigencia de **«amar a Jesús»** por encima de lazos tan profundos, como son los de la sangre, trata de hacernos ver que hemos de considerarle a Él en un **«plano superior»**.

Nos exige pues un **«amor supremo a Él sobre todo lo demás»**, pero bien entendido que este amor a Jesús o a Dios, **«no puede entrar en conflicto»** con el amor a las criaturas. Mucho menos con el amor a una madre, a un padre o a un hijo. Sólo puedo amar a Dios, **«amando a los demás y amándome a mí mismo como Jesús nos lo ha enseñado»**.

Pero aún dice más, amarle a Él exige **«tomar su cruz y caminar tras de Él»**. Seguir a Jesús comporta **«renunciar al mal»**, al egoísmo y **«elegir el bien»**, la verdad, la justicia, incluso cuando esto requiera de **«sacrificio y renuncia»** a los propios intereses. Pero también el discípulo que quiera identificarse con el Maestro ha de estar dispuesto a **«sacrificarse por los demás»**, como lo hizo Él. Darse a los demás es de tal eficacia, que **«Dios lo premia con una humildad llena de alegría»**. El discípulo de Jesús que se entrega generosamente a los demás está contento.



Tal es la vehemencia al proclamar este mensaje que Jesús llega a decir que, **«el que encuentre su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí, la encontrará»**. La contraposición está hecha entre **«la vida del cuerpo y la del alma»**, entre una vida sin Dios y una vida con Dios, entre una vida esclavizada por

nuestros apegos egoístas y una vida sustentada en el Evangelio de Jesús.

El mensaje de Jesús, cuando es aceptado en su totalidad **«cambia la mentalidad del mundo»**. Sólo Cristo es el que puede proporcionarnos la **«verdadera felicidad»** en esta tierra. Jesús, cuando nos habla de **«perder la vida material»**, en realidad, de lo que nos está hablando es de **«asegurar la vida del alma»**, de la verdadera Vida, de la vida con sentido, con alegría y con felicidad. Y ello hasta el extremo de que **«perder la vida corporal por Cristo es asegurarla para la eternidad»**.

La última parte del discurso apostólico se refiere a las relaciones entre los propios discípulos y quienes los reciban a ellos como evangelizadores. Jesús les dice: **«El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado»**. Pero ¿qué es recibir? Recibir significa primero escuchar, **«aceptar el mensaje del apóstol»** y después, acogerlo, **«hacerlo Vida»**.

Recibir a un profeta no es fácil porque sus palabras provocan siempre **«contradicción»**. Y es que la elección por Cristo o contra Cristo ha dividido y sigue dividiendo a la humanidad, a las familias y hasta nuestros propios corazones. Con frecuencia deseáramos que **«los profetas justificaran»** nuestros planteamientos, que justificaran la forma de pensar del mundo, pero eso no es posible. El profeta de Cristo es insobornable e inflexible con el Evangelio de Jesús. Por eso **«recibir a un profeta es casi tan difícil como serlo»**.

Jesús termina su discurso con una exhortación a los discípulos: **«El que dé de beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos sólo porque es mi discípulo, no perderá la paga, os lo aseguro»**.

El siglo veintiuno, un tiempo de enormes adelantos técnicos, de democratización de la vida, de defensa de los derechos humanos, de defensa del medio ambiente, etc., es testigo, desgraciadamente, del drama de muchos **«pobrecillos»**. Son muchas las personas que se ven obligadas a **«migrar»**, a abandonar su país, su familia, su trabajo, su seguridad para encontrar, quién sabe dónde, un refugio y una forma digna de vida. Y son muchas también las personas que están sufriendo los efectos de la **«pandemia y la crisis económica»**, que se han visto de la noche a la mañana en el más absoluto desamparo.

Pues bien, sin perjuicio de la acción de los poderes públicos u otras organizaciones humanitarias, es **«misión del Cuerpo de Cristo»**, de la comunidad cristiana, de Cáritas o de otras organizaciones de la Iglesia y, por supuesto, de cada cristiano, mitigar, en la medida de lo posible, semejantes infortunios proporcionando al máximo de **«pobrecillos»**, mínimamente, **«un vaso de agua»**, un techo y un mínimo con el que vivir. Y es que Jesús reclama amor incondicional, entrega total, pero **«no nos deja nunca solos»**.

Son incuestionables **«la sensatez y el espíritu realista de los postulados evangélicos»**. No hay en sus páginas alta filosofía ni largas discusiones sobre los Derechos Humanos o sobre la Caridad Cristiana. Pero sí hay un planteamiento claro y directo que nos exige como cristianos **«una conducta, con todos nuestros prójimos»**, coherente con dichos postulados.

Seguir a Cristo es el camino que hemos elegido y día a día vamos aprendiendo todo lo que ello implica. El **«compromiso con el prójimo»**, que es el compromiso con Jesús, es camino de **«conversión permanente»**, un camino que **«renueva y purifica los corazones y nos previene de la tentación»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
28 de junio de 2020